

*La problemática del estudio sobre los problemas*

JAVIER AGUIRRE SANTOS. *La Aporía en Aristóteles. Los libros B y K 1-2 de la metafísica*. Estudio Preliminar de Teresa Oñate y Zubia: «De Camino Al Ser». Barcelona: Dykinson (2007).

*Rafael Ramis Barceló*

En el arco filosófico, tensado desde principios a finales del siglo XX, se llega a una conclusión curiosa: el autor más *superado* de los albores del novecientos es el más actual en el momento del cerrarlo y de inaugurar el XXI. En efecto, toda la revolución intelectual operada en torno a la figura de Aristóteles demuestra de qué forma se ha actualizado el estudio hermenéutico de la filosofía y lo lejos que está la metafísica de ser un campo decadente.

En buena medida, Nietzsche dejó bastante indemne a Aristóteles en su crítica a los fundamentos de la Filosofía Occidental, y en eso fue también precursor de los grandes maestros del pensamiento hermenéutico del siglo XX, que han tomado al Estagirita como base para sus incursiones en el pensamiento arcaico. Leer a Aristóteles despojado de las capas que se habían adherido a la interpretación de sus textos es una tarea curiosamente innovadora y gratificante, pues en ella puede percibirse ya la filosofía de la diferencia y del pluralismo frente a los discursos monolíticos que abarcan desde el pitagorizante Platón hasta el idealismo absoluto de Hegel.

Estas son algunas de las ideas que pueden extraerse del ensayo preliminar de la Dra. Teresa Oñate, que contextualiza el estudio del profesor Javier Aguirre Santos en el marco de la actual hermenéutica de Aristóteles. De hecho, caminar hacia el ser significa devolver al pensamiento arcaico una renovada vitalidad para afrontar la postmodernidad que vivimos y tocamos. Desde esta óptica, muy posiblemente, al considerar el estudio de Aristóteles y sus lecturas posteriores, no deberíamos desautorizar a los grandes clásicos del pensamiento, tales como Tomás de Aquino que, como verdadera catedral en la *Historia de la Filosofía*, toma ciertamente las piedras de Aristóteles, pero las labra y cincela a su gusto. La lectura

postmoderna puede y debe criticar la reconstrucción ilustrada e idealista de la *Historia de la Filosofía* como —para decirlo con Nisbet— un relato de la idea de progreso. Admitir que las etapas filosóficas se han dado a partir de la interpretación *sui generis* de los filósofos con respecto a sus predecesores no debe impedir, como mínimo dos consideraciones: en primer lugar, que dicha interpretación —como la de Tomás de Aquino sobre Aristóteles o la de Schopenhauer sobre Kant— es válida y estimable siempre que se trate de tomar materiales para trabajarlos libremente; en segundo lugar, sin embargo, debe recalcarse también que la interpretación de cada uno de los autores no debe hacerse sobre la base de sus seguidores, sino bajo criterios hermenéuticos y contextualizadores.

Sólo de esta forma puede entenderse la crítica de la profesora Oñate a la tradición exegética europea, anclada en los excesos de épocas anteriores, y que en el momento presente necesita examinar nuevamente a Aristóteles, subsumiendo, matizando y reconsiderando ya no el hercúleo esfuerzo de Jaeger, sino los meritorios trabajos de Aubenque, Düring o Berti.

El estudio de Javier Aguirre Santos es un modelo de investigación que ya ha asumido e interiorizado todos estos trabajos. Su trabajo concentra la profundidad filosófica y la finura filológica para desentrañar precisamente uno de los puntos más importantes y complejos de los *lógoi* de la Metafísica aristotélica. Precisamente, el trabajo se centra en los libros B y K, donde se intenta responder a las cuestiones de mayor calado filosófico, enfrentándose al ser de la aporía, la cuestión que abre, en definitiva, la pregunta radical por la filosofía.

Muchos autores han entendido el libro B como un programa para entender el resto de los libros metafísicos de Aristóteles. Hay que decir que la pregunta radical de Aristóteles es siempre metafísica, pues la filosofía de la diferencia, sea psicológica, ética, o física, reposa siempre sobre la inestable base del ser y de su imposibilidad de establecer una síntesis monológica que abarque todas las aporías sobre el mismo. De este modo, si se lee el libro B desde una perspectiva actual, se puede comprender como un esfuerzo explicativo del resto de *lógoi*, por lo que se refuerza el vínculo platonizante, tal y como sucede en la interpretación de Jaeger, y no tan acentuada, pero no completamente aislada de su campo teórico, en Aubenque o Reale.

Aguirre Santos, en una primera parte metodológica, evita cuidadosamente una lectura de conjunto de la Metafísica de Aristóteles, hecho que había condi-

cionado forzosamente una lectura integradora, pero de carácter fuertemente sintético, desde Andrónico de Rodas a Jaeger, pasando por cumbres como las de santo Tomás o Brentano. De facto, el libro B de Aristóteles invita, leído siempre con cierta distancia hermenéutica, a la pregunta por el ser de la aporía (pp. 109-120), a una reflexión ontológica sobre la aporía que, desde luego, tiene sus distintas proyecciones en el plano óntico en cada una de las cuestiones que cuidadosamente examina Aguirre a partir de la pág. 121.

El mayor acierto del autor es no considerar la aporía como un problema de propedéutica metafísica; justo al contrario, el libro B no es un programa de iniciación a la Metafísica sino un escrito donde se dirimen cuestiones centrales de ontología. Incluso podría decirse más: el libro B es el testimonio más vivo y elocuente de la filosofía de la diferencia de Aristóteles, donde —siguiendo la senda de los más brillantes pensadores arcaicos— el ser mismo rehuye toda tematización. Desde luego, el hecho de haber domeñado este ser, a partir de claves pitagorizantes, y de haber conducido la metafísica a un inevitable esquema de unotodo es la diferencia mayor de Platón (o como mínimo de buena parte de los diálogos del mismo) y Aristóteles.

La aporía aristotélica demuestra un pensamiento crítico, en constante reelaboración, y J. Aguirre intenta cuidadosamente no tratar las diferentes aporías como una cuestión meramente óntica, sino como un tema en el que la ontología es precisamente la cuestión fundamental (pp. 149-164). El listado de aporías es, en definitiva, la relación de problemas que se dan para que el ser mismo sea.

En un segundo tramo del trabajo, Aguirre procede a un comentario sistemático del libro B y K 1-2, donde da muestras evidentes de una gran pulcritud hermenéutica, de enorme interés para el lector. El estilo del comentario es muy sugestivo, pues integra la interpretación de la tradición y la matiza, de una forma en la que puede verse el uso y las transformaciones que ha sufrido el texto aristotélico. Asimismo Aguirre entabla un diálogo elegante con sus predecesores en esta tarea de traducir y comentar a Aristóteles, casi siempre con maestros que habían vertido al Estagirita a otras lenguas y en otros contextos bien distintos.

El último apartado se reserva a una sobria traducción, que se beneficia de un pertinente transvase desde la lengua griega, así como del trabajo crítico de otras

ediciones, por ejemplo como las de Calvo Martínez y García Yebra. La traducción de Aguirre no desmerece las otras, pero sí las desplaza algo en el contexto general de la hermenéutica aristotélica. Tanto Tomás Calvo como Valentín García Yebra habían intentado una traducción homogénea y compacta, que pudiera servir al estudioso de nuestro tiempo, así como satisfacer las pretensiones de corrección y erudición filológicas más exigentes. A nuestro juicio, Aguirre es algo más libre —y, por ende, un poco más osado— porque las circunstancias parecen serle más favorables: apoyarse sobre el trabajo de ambos autores españoles, así como en la traducción de grandes maestros como Reale, Jaeger, Schwengler o Barnes; haber realizado ya una meritoria traducción al euskera y, por último, trabajar solamente un libro y parte de otro, pues la solución puede ser mucho más concreta y adaptada al original.

Todo ello abunda aún más en el mérito de esta obra tan especializada y rigurosa, un verdadero ejemplo de la buena salud que goza la filosofía española en general y el estudio de Aristóteles, en particular. He aquí un fruto del riguroso trabajo de J. Aguirre, bajo la acertada dirección del profesor José Ramón Arana, que dio lugar a esta excelente tesis, leída en la Facultad de Filosofía de San Sebastián, en Junio de 2005, que hoy ve la luz, para provecho de la comunidad de estudiosos de Aristóteles.

Es una lástima que esta publicación tan elaborada esté mancillada por varias erratas, a las que la editorial Dykinson tiene acostumbrados a sus lectores en muchos libros. Éstas no empecen en absoluto la calidad del libro, y son fácilmente reconocibles y subsanables, tanto en el texto español como en el griego. Precisamente por ello, hubiera sido deseable un último esfuerzo editorial para presentar con esmero la presente publicación que, a la par, reseñamos y celebramos.